

Sorpresa en los Investigadores Maritales: Finalmente, ¿qué Patrones Comunicacionales son Disfuncionales?

Juan E. Wilson A.*

Resumen

Un cuerpo reciente de resultados en comunicación y ajuste marital lleva a cuestionar algunas nociones previas de disfunción comunicacional en la pareja. Investigaciones naturalísticas que han usado un diseño longitudinal muestran que los patrones comunicacionales asociados transversalmente con el ajuste marital generalmente no predicen cambios en esa variable en el tiempo o, en algunos casos, predicen el ajuste marital en la dirección inversa. De forma similar, nuevos estudios en terapia marital conductual sugieren que el uso que hacen las parejas de las conductas comunicacionales consideradas tradicionalmente como adaptativas tiene poca relación con la respuesta de ellas al tratamiento. Se comentan aspectos conceptuales y metodológicos que pudieran ayudar a interpretar estos datos y a perfeccionar la investigación en el área.

Palabras claves: comunicación y disfunción marital

Summary

A recent body of results on marital communication and adjustment calls into question previous assumptions about dysfunctional communication for couples. Naturalistic studies using a longitudinal design show that, for the most part, communication patterns crosssectionally associated with marital adjustment do not predict changes in that criterion over time or, in a few cases, they do predict future adjustment but in the opposite direction. Likewise, new research on behavioral couple therapy suggests that the extent to which couples use communication behaviors traditionally considered to be adaptive bears little relationship to their response to treatment. Conceptual and methodological issues are discussed that might help interpret those data and improve the research in this field.

Key Words: marital communication and dysfunction.

Introducción.

Estudios realizados en Estados Unidos (Gotlib & McCabe, 1990) y en nuestro país (SERNAMEC, 1994) sugieren que la calidad de la relación marital tiene un impacto importante en la salud física y bienestar emocional general de la pareja y sus hijos. Además, en dicho país del norte la disfunción marital cuenta por sí misma con más derivaciones en salud mental que cualquiera otra categoría

diagnóstica psiquiátrica (Bornstein & Bornstein, 1986).

Dada la profunda significación social de la disfunción marital, no es raro que existan diferentes conceptualizaciones respecto de su origen. Sin embargo, al hipotetizar qué hace que algunas parejas logren mantener una relación estable y satisfactoria en el tiempo, en tanto que otras no, la mayor parte de los modelos teóricos en Psicología otorgan a la comunicación de los cónyuges un rol

* Psicólogo, Master of Science, Southern Illinois University, Departamento de Psicología Universidad de Chile. e-mail: jewilson@abello.dic.uchile.cl

etiológico fundamental (c.f., Segraves, 1990; Jacobson & Gurman, 1995; Beach & Bauserman, 1990). Del mismo modo, tanto las parejas que buscan terapia (Masters et al., 1989; citado por Smith et al., 1990) como el público en general (SERNAM, 1994) consideran que el éxito de la relación marital se basa en una buena comunicación.

Como parte nuclear de esta visión comunicacional, se argumenta que aquello que principalmente distingue a las parejas disfuncionales de las bien ajustadas no sería la existencia de discrepancias per se, sino cómo ellas resuelven o enfrentan sus desacuerdos (e.g., Cohan & Bradbury, 1994). Pese a que es difícil establecer con precisión el grado de consenso entre teóricos de diferentes orientaciones en torno a cuáles serían específicamente estas habilidades, concuerdo con Hahlweg et al (1984, pg 553-554) en que generalmente se consideran las siguientes: "(a) habilidades del hablante, en las cuales los cónyuges usan mensajes "Yo", describen conductas específicas en situaciones específicas, y se atienen al "aquí y el ahora", y (b) habilidades del oyente, en el cual los cónyuges escuchan activamente, resumen los comentarios del compañero(a) y verifican su exactitud, hacen preguntas abiertas, y dan retroalimentación positiva. Los compañeros que emplean estas habilidades deberían a su vez evitar culpabilizar, criticar, y desviar la conversación, y deberían aumentar su comprensión mutua. Las habilidades centrales son la recíproca autoapertura de sentimientos, actitudes, y pensamientos y el aceptar (no necesariamente estar de acuerdo con) las palabras del hablante. Mediante la aplicación de estas habilidades comunicacionales generales, los compañeros deberían ser capaces de describir sus necesidades y deseos en relación al problema y generar soluciones específicas y positivas al problema. Con el objeto de implementar un cambio conductual, debería negociarse un acuerdo balanceado [...]"

Los psicólogos llevan ya casi treinta años examinando parejas en el uso de habilidades de solución/negociación de conflictos, como las señaladas arriba (Gottman, 1979). Estas conductas comunicacionales son evaluadas a través de cuestionarios (e.g., Epstein et al., 1987), observaciones hechas por los propios cónyuges mientras interactúan (e.g., Gottman et al., 1976) o al ser expuestos a un video de su conversación (e.g., Levenson & Gottman, 1983), o mediante observadores

externos especialmente entrenados para tal efecto (e.g., Margolin & Wampold, 1981). A su vez, los puntajes en comunicación son típicamente comparados con los puntajes obtenidos en algún cuestionario de ajuste marital, habitualmente el Locke-Wallace Marital Adjustment Test (Locke & Wallace, 1959) o la Dyadic Adjustment Scale (Spanier, 1976). Básicamente, estos instrumentos consisten en un conjunto de preguntas en torno a los sentimientos y actitudes de los cónyuges para con su compañero o la relación. Estos cuestionarios han sido ampliamente utilizados para definir operacionalmente la disfunción marital, dado que poseen excelentes propiedades psicométricas, en particular, discriminan claramente entre personas divorciadas y casadas o entre aquellas que solicitan terapia marital y las que no lo hacen.

Numerosos estudios naturalísticos provenientes de esta larga tradición de investigación muestran que los puntajes en comunicación de las parejas correlacionan con su ajuste marital actual. Más importante aún, el conjunto de los resultados tiende a confirmar los patrones comunicacionales que específicamente han sido vistos como disfuncionales por los investigadores (cf., Weiss & Heyman, 1990; e.g., Haefner et al., 1991; Burman et al., 1993; Levenson et al., 1994; Ball et al., 1995). Consecuentemente, estos datos han contribuido al desarrollo de modelos de intervención, especialmente a la generación de la Terapia Marital Conductual (Hahlweg & Markman, 1988; Markman, 1991).

No obstante lo anterior, la mayor parte de la investigación naturalística ha sido llevada a cabo utilizando un diseño transversal, en el cual la comunicación y el ajuste marital son evaluados una sola vez y en un mismo período. Por lo tanto, estos estudios no permiten esclarecer si los patrones comunicacionales identificados cumplirían un rol etiológico o serían sólo una expresión más de la insatisfacción marital ocasionada a su vez por otros factores.

Desgraciadamente también, la inmensa mayoría de los estudios controlados en terapia marital han indagado en la efectividad de los tratamientos, pero no se han ocupado de evaluar los mecanismos supuestamente responsables de dichos efectos (c.f., Hahlweg & Markman, 1988; Beach & Bauserman, 1990; Jacobson & Addis, 1993). Esta omisión es grave si se considera que la eficacia de la terapia marital está lejos de ser considerada aceptable.

Como conjunto, los estudios clínicos de resultado apuntan a que aproximadamente sólo un 50% de las parejas tratadas se consideran felizmente casadas una vez terminada la terapia, y que una proporción considerable de éstas recae pasado un tiempo (Jacobson & Addis, 1993). Se ha sugerido que la mejor forma de mejorar la efectividad de las terapias comunicacionales no radica en adicionar otros componentes de intervención, sino que en explorar si los cambios comunicacionales producen o no los beneficios esperados en el ajuste marital de las parejas tratadas (Beach & Bauserman, 1990).

Sólo recientemente se han venido realizando investigaciones que apuntan más directamente a establecer el rol causal de diversos patrones comunicacionales en el desarrollo del desajuste marital. En el área básica, están apareciendo cada vez con mayor celeridad estudios que utilizan un diseño longitudinal de investigación para predecir cambios naturalísticos en el ajuste marital de las parejas entre dos períodos. En el terreno clínico, han ido surgiendo de a poco investigaciones controladas que examinan la relación entre diversas conductas comunicacionales en las parejas y su satisfacción marital al término de la terapia o pasado un tiempo. Es interesante constatar que los resultados provenientes de ambos tipos de investigación cuestionan la presumida funcionalidad de varios de los patrones comunicacionales en estudio.

Comunicación marital disfuncional en los estudios naturalísticos longitudinales.

Las investigaciones que han utilizado un diseño longitudinal evalúan la comunicación y el ajuste marital de forma concurrente (Tiempo 1), como en los estudios transversales, pero luego reevalúan el ajuste marital transcurrido un período (Tiempo 2). Al momento de analizarse las asociaciones entre las variables comunicacionales y el ajuste marital futuro, el nivel de ajuste marital inicial es estadísticamente controlado. Ello es importante porque los puntajes en ajuste marital son bastante estables, mostrando altas correlaciones entre sí en el tiempo (Smith et al, 1991).

A través de todos los estudios longitudinales las asociaciones encontradas entre determinadas variables comunicacionales y el ajuste marital inicial

(actual o concurrente) son, como cabría esperar, similares a las encontradas en los estudios transversales. Sin embargo, y esto es lo más importante, cuando se trata de pronosticar el devenir de las parejas a mediano o largo plazo, estos resultados transversales no son confirmados. Así, lo más frecuente es que los correlatos del ajuste marital en un Tiempo 1 difieran de los predictores del ajuste marital en un tiempo 2. Más aún, cuando llega a aparecer una variable comunicacional asociada tanto con el ajuste marital actual como con el futuro, lo usual es que se haya dado una inversión en la dirección o signo de la correlación.

Markman (1979; 1981) fue el primero en el área en percatarse que la mirada transversal difiere marcadamente de la mirada longitudinal. En este trabajo se solicitó a parejas prematrimoniales que hicieran evaluaciones inmediatas de cada mensaje recibido y enviado durante sesiones de resolución de problemas (incluido el principal conflicto en su relación). Los resultados indicaron que mientras más positivas eran las evaluaciones de la persona de los mensajes de su compañero(a), mayor era la satisfacción marital de ambos 2,5 y 5,5 años más tarde. Sin embargo, esta misma variable no había correlacionado con la satisfacción de las parejas al inicio del estudio (transversalmente) o pasado un año.

En un segundo trabajo, en el que utiliza observadores externos para evaluar la comunicación, Markman (1982) halló un patrón de resultados todavía más sorprendente que, sin embargo, habría de replicarse en algunos estudios posteriores. A saber, varias conductas comunicacionales, consideradas tradicionalmente como *negativas* (de acuerdo a los resultados de los estudios transversales), auguraban *mejoras* futuras en el ajuste marital. Mientras mayor era la frecuencia de interrupciones, resúmenes de la propia perspectiva, expresión de desacuerdos, y lecturas de pensamiento (atribuir pensamientos, sentimientos, motivos, o actitudes al cónyuge) por parte de los maridos, mayor era también la satisfacción de ambos cónyuges pasado un año. Sin embargo, en una vena similar al estudio anterior, estas mismas variables no habían correlacionado con el ajuste marital actual (Markman, 1982; manuscrito no publicado, citado por Weiss & Heyman, 1990).

Levenson y Gottman (1983; 1985) filmaron a parejas casadas mientras discutían. Después, cada cónyuge observó por separado esta grabación, e

indicó cuál creía había sido su experiencia afectiva (positiva, negativa, o neutral) durante cada momento de la discusión con su pareja (la validez de este procedimiento es reportada por los autores en otro artículo: Gottman & Levenson, 1985). El ajuste marital fue evaluado en ese momento y pasado 3 años. El aumento en la satisfacción de ambos cónyuges fue predicho por una mayor frecuencia en los hombres de afectos positivos y negativos. Un aumento en la satisfacción de las mujeres fue predicho también por una mayor reciprocidad (correspondencia) de afectos negativos por parte de los hombres. En cambio, el deterioro en la satisfacción de ambos fue pronosticado por la mayor presencia de afectos positivos en las mujeres. El deterioro en la satisfacción de las mujeres fue además predicho por su propia reciprocidad de afectos negativos.

¿Cuáles habían sido las correlaciones entre estas variables y el ajuste marital evaluados concurrentemente al inicio de este estudio? No hubo correlación alguna entre el ajuste marital actual y cualquiera de las tres variables afectivas de los hombres (señaladas arriba como predictores del ajuste marital futuro). Además, la afectividad positiva de las mujeres había correlacionado positivamente con el ajuste marital actual, no obstante que, sorpresivamente, predijo un deterioro en el ajuste marital futuro. Finalmente, la reciprocidad femenina de afectos negativos fue la única variable que se asoció en la misma forma (negativamente) con la satisfacción presente y futura.

Usando una muestra premarital, Filsinger y Thoma (1988) encontraron que la frecuencia con que las mujeres interrumpían durante la discusión predecía un deterioro en la satisfacción de los hombres evaluada 1.5, 2.5 y 5 años más tarde, así como un deterioro en la satisfacción de ellas mismas a 5 años plazo. Sin embargo, no hubo correlación alguna entre la interrupción y el ajuste marital de la pareja durante el estadio inicial de la relación o seis meses después. Por otra parte, las parejas con una alta reciprocidad negativa (responder negativamente ante una conducta también negativa en la pareja) tuvieron una mayor probabilidad de disolver su vínculo 1,5 años más tarde. Pero, también las parejas con una alta reciprocidad positiva (mostrar acuerdos, compromiso con una solución, orientarse al objetivo de la conversación, mostrar afectos positivos) eran más propensas a disolver su relación 1.5, 2.5, y 5 años después.

Julien et al. (1989) utilizaron un conjunto de conductas no-verbales en su muestra premarital de parejas para constituir tres categorías afectivas: afecto positivo, negativo y neutral. La reciprocidad femenina y masculina del afecto negativo pronosticaron un deterioro en la satisfacción de la pareja a 3 y 4 años plazo, respectivamente. Así también, la reciprocidad femenina del afecto positivo predijo un deterioro en la satisfacción de la pareja 4 años más tarde. Sin embargo, ni la reciprocidad positiva ni la negativa habían correlacionado con la satisfacción de las parejas al inicio del estudio.

Gottman y Krokoff (1989) realizaron el estudio más completo hasta el momento, incluyendo tres análisis de la comunicación matrimonial. En el primero de estos, las conductas fueron categorizadas tomando en consideración el contenido de lo que se dijo, así como el afecto que acompañó a lo que se dijo. El deterioro en la satisfacción de ambos cónyuges fue predicho por la tendencia en las mujeres a mostrar una conducta "verbal positiva" (categoría que incluyó estar de acuerdo, asentir, aprobar y usar humor). El aumento en la satisfacción de ambos fue predicho por la tendencia en los hombres a "engancharse en el conflicto" (categoría que incluyó estar en desacuerdo y criticar de forma irritada u hostil), y esta misma conducta por parte de las mujeres auguró un aumento en su propia satisfacción. Contrariamente, y de modo esperado por los autores, la conducta "verbal positiva" en las mujeres había correlacionado positivamente con la satisfacción actual de los cónyuges (3 años antes) y, a su vez, la conducta femenina y masculina de "engancharse en el conflicto" había correlacionado negativamente con la satisfacción marital actual. Por último, este análisis mostró que la tendencia masculina a "retirarse" de la interacción (categoría que se compuso de no responder, cambiar el tema, hablar de modo ininteligible) predijo un deterioro en la satisfacción de ellos mismos, pese a no haber correlacionado con la satisfacción actual.

El segundo análisis de este estudio fue llevado a cabo separando los elementos de afecto y contenido en la comunicación, para explorar así la contribución relativa de estos elementos al poder predictivo de la variable "enganche en conflicto" (que en el análisis anterior incluía afectos hostiles). Gottman y Krokoff encuentran que las expresiones de desacuerdo de parte de los cónyuges, y las lecturas de pensamiento de parte de los hombres,

entregadas ambas con un afecto neutral, predijeron mejorías en el ajuste marital. Los autores concluyen que la confrontación de desacuerdos per se (independientemente del afecto) pudiera ser funcional para el matrimonio en un sentido longitudinal, no obstante que transversalmente se asocian negativamente con la satisfacción actual de la pareja.

El último examen de la comunicación en este estudio consideró emociones específicas, en lugar de recurrir a la tendencia habitual en las investigaciones a englobar varias emociones en las categorías generales de afecto positivo, negativo y neutral. La tendencia femenina a responder con desprecio/desdén e ira (ante expresiones masculinas neutrales o afectivamente negativas), predijo un aumento en la satisfacción de ellas mismas, no obstante haber correlacionado negativamente con la satisfacción de ambos cónyuges en el pasado. Por otra parte, sus respuestas de miedo y tristeza (ante los afectos neutral y negativo masculinos), predijeron un deterioro en su propia satisfacción y en la de ambos, respectivamente (pero no correlacionaron transversalmente con la satisfacción actual). Finalmente, la tendencia de los hombres a contestar con quejas/gimoteos (ante las conductas neutrales o afectivamente negativas de las mujeres), predijeron un deterioro en su propia satisfacción (pero tampoco correlacionaron transversalmente).

Smith et al. (1990) encontraron que la variable "negatividad" (e.g., mostrarse molesto, ansioso, disgustado, rabioso) correlacionó negativamente con la satisfacción actual de sus parejas prematrimoniales, pero no predijo la satisfacción 18 y 30 meses después. En tanto que la variable "desvinculación" (e.g., quieto, silencioso, inactivo, cansado), que predijo la insatisfacción en estos dos seguimientos, no mostró asociación alguna con la satisfacción de modo concurrente.

Krokoff (1991) halló que en los matrimonios que reportaban ser usualmente evitadores del conflicto, la expresión de disgusto/desdén en las mujeres (teniendo un afecto negativo o neutral como antecedente) correlacionaba negativamente con su satisfacción actual, pero positivamente con su satisfacción marital a tres años plazo. Para aquellos matrimonios que decían engancharse normalmente en los conflictos, la expresión de rabia en los hombres (ante un afecto neutral o negativo en su pareja) correlacionaba negativamente con la satisfacción actual de sus parejas, pero no estaba relacionada con la satisfacción futura ni de ellos ni

de ellas. En estos mismos matrimonios "enganchadores", la tendencia de las mujeres a contestar con rabia correlacionó negativamente con su satisfacción marital actual y futura.

Heavey et al (1993) emprenden la tarea de investigar el impacto de las categorías demanda, retirada, conducta positiva, y conducta negativa, en el ajuste marital evaluado un año más tarde. La variable "demanda" correspondía a discutir el problema, involucrarse emocionalmente en la discusión, culpabilizar, acusar, criticar, usar sarcasmo, y solicitar, regañar, presionar o demandar cambios en la pareja. La variable "retirada" fue definida como rehusar discutir el problema, desvincularse de la discusión, vacilar, cambiar el tema, distraerse, mirar a otra parte, volverse silencioso, y demorar la discusión. En la dimensión "conducta positiva" se incluyó sugerir soluciones y comprometerse con ellas, expresar no-verbalmente que se está escuchando, expresiones verbales que indican que se comprende o acepta los sentimientos del cónyuge, expresiones de humor, cariño, aprecio o preocupación hacia el compañero, y comunicación clara de ideas. La categoría "conducta negativa" quedó constituida por la expresión verbal y no-verbal de rabia, hostilidad, sentirse dolido, tristeza, y frustración; interrupciones e intentos por dominar o controlar la discusión.

La demanda masculina y el patrón demanda masculina/retirada femenina predijeron fuertemente aumentos en la satisfacción de las mujeres ($r=.92$ para ambas variables con la satisfacción futura). Así también, mejorías en la satisfacción femenina fueron pronosticadas por la conducta masculina positiva y, especialmente, la negativa ($r=.91$). En cambio, el patrón demanda femenina/retirada masculina fue un predictor de deterioro en la satisfacción marital de la mujer. Por otra parte, la satisfacción masculina no pudo ser predicha. Finalmente, ninguna de estas variables evaluadas observacionalmente había funcionado como correlato transversal de la satisfacción marital femenina un año antes.

Heavey et al (1995) estudian nuevamente el efecto longitudinal de las conductas de demanda y retirada en el ajuste marital. Esta vez, la muestra de parejas es sustancialmente más amplia y el período entre mediciones del ajuste marital es también mayor (2,5 años) que en su estudio anterior. Además, los autores hacen algunos cambios en las escalas. Así, las conductas "discute el problema" y

"se involucra emocionalmente en la discusión" son removidas de la categoría "Demanda" y, en cambio, los puntajes obtenidos en ellas son restados del puntaje total en la escala de "Retirada".

No obstante estas diferencias, los resultados se corresponden estrechamente con los del estudio anterior. Durante una discusión en la que las mujeres solicitaban cambios en su pareja, la demanda masculina y la demanda masculina/retirada femenina predijeron ambos incrementos en la satisfacción de la mujer, no obstante haber correlacionado negativamente con su satisfacción concurrente. A su vez, durante esa misma discusión, la retirada masculina y el patrón demanda femenina/retirada masculina predijeron ambas una disminución en la satisfacción de la mujer, a pesar de no haber funcionado como correlatos de su satisfacción actual. Deterioros en la satisfacción masculina fueron predichos a partir de su conducta de "demanda" durante esa discusión (que también correlacionó negativamente con su satisfacción actual) y su conducta de "retirada" durante una discusión en la que ellos solicitaban un cambio en su pareja (variable que no correlacionó con su satisfacción actual).

A diferencia de los estudios anteriores, Cohan y Bradbury (1994) utilizan un inventario para evaluar la conducta de resolución de problemas. La satisfacción marital masculina aumentó más (o disminuyó menos) en la medida que ellos hubieran reportado usar más "Conflicto" (antagonismo, criticismo y sarcasmo) y sus cónyuges hubieran reportado usar menos "Autointerés" (involucrarse en relaciones sociales y pasatiempos fuera del matrimonio). De estos dos predictores de la satisfacción masculina, sólo el uso de conflicto en ellos había correlacionado con su satisfacción actual seis meses antes, pero en el sentido inverso (negativamente). A su vez, el uso de menos "Autointerés" en las mujeres fue un indicador también de su propia satisfacción futura (y actual).

En resumen, independientemente de como se haya evaluado la comunicación, todos los estudios longitudinales muestran que sería inconveniente valerse de los resultados transversales para entender como se desarrolla el desajuste marital en el tiempo. Como señalan Sher y Weiss (1991, pg. 2): "Lo que clínicos e investigadores maritales han tradicionalmente llamado negativo, tal como el desacuerdo, la evitación, o el afecto negativo, debe ser reconsiderado a la luz de recientes inquietudes y

hallazgos" (yo agregaría que habría que revisar también lo que habitualmente ha sido considerado como positivo). En una vena similar, Smith et al. (1991, pg. 8) escriben: "No obstante el atractivo que tiene considerar a la comunicación negativa como un agente causal, estudios recientes sugieren que lo que es sintomático acerca de la comunicación de las parejas en discordia es etiológicamente de una importancia cuestionable". Estos autores explicitan además la relevancia clínica de los resultados longitudinales: "Aun cuando las descripciones de tratamiento no aclaran cuál es el método exacto para manejar la comunicación negativa, la mayoría de los programas de terapia descansan al menos implícitamente en los hallazgos transversales de que la negatividad es generalmente disfuncional para las parejas y, consecuentemente, los tratamientos incorporan métodos para reducir niveles generales de negatividad" (Smith et al., 1991, pg. 21). En otras palabras, si los resultados transversales se confirman como equivocados, ello implicaría que en alguna medida los terapeutas maritales han venido interviniendo de modo inadecuado en la comunicación de las parejas: induciendo algunos cambios comunicacionales que pudieran no tener consecuencias significativas en el ajuste marital o, lo que es peor, generando otros cambios que a la larga tuvieran un impacto nocivo en el bienestar de las parejas. A continuación se revisan los pocos estudios en terapia marital que permiten contrastar esta posibilidad.

Comunicación marital disfuncional en los estudios clínicos.

En uno de estos estudios, Sayers et al. (1991) reportaron que los aumentos en el patrón (secuencia): "centrarse en el problema por parte de los maridos en respuesta a la conducta no constructiva de sus parejas", se asociaba con mejorías en su propia satisfacción marital. Como los autores notan, varias conductas de la categoría "centrarse en el problema" han sido tradicionalmente consideradas negativas, a saber: quejarse, estar en desacuerdo, desaprobación, ofrecer una solución negativa y describir el problema en términos externos. Además, los resultados indicaron que la mayor parte de los cambios comunicacionales en las parejas no inci-

dieron en su ajuste marital. Además de "centrarse en el problema", las categorías comunicacionales eran "evitación" (no seguir la conversación, no responder, negar responsabilidad) y "no-constructivo" (dar órdenes, criticar, excusarse, interrumpir, hacer lecturas del pensamiento con afecto negativo, no condescender, rebajar a la pareja, y desconectarse/no responder). Así, sólo 3 de los 6 cambios en la frecuencia de estas categorías comunicacionales correlacionaron con cambios en el ajuste marital de los maridos, y ninguno de estos seis cambios (3 categorías x 2 cónyuges) se asoció con cambios en el ajuste marital de las mujeres. En términos de cambios en secuencias comunicacionales, de los doce identificados, dos correlacionaron con los cambios en la satisfacción de los hombres y sólo uno de ellos correlacionó con los cambios en la satisfacción de las mujeres.

Iverson y Baucom (1990) utilizaron como criterio de mejoras en la comunicación a disminuciones en la frecuencia observada de las siguientes categorías conductuales: "culpabilizar" (quejarse, criticar, asumir que el cónyuge tiene una actitud negativa y rebajar a la pareja) e "invalidar" (estar en desacuerdo, negar responsabilidad, fabricar excusas para la propia conducta, no condescender, interrumpir, y gesticular comunicando disgusto o desaprobación). Los autores señalan que ninguna de estas "mejorías" comunicacionales en cada miembro de la pareja se relacionó con los cambios en su propia satisfacción al término de la intervención. Asimismo, los cambios en la comunicación de las mujeres no correlacionaron con los cambios en la satisfacción de sus maridos. La única correlación encontrada en este estudio correspondió a cambios comunicacionales en los hombres y aumento en la satisfacción de sus compañeras, no obstante, dicha asociación fue sólo marginalmente significativa.

En un tercer estudio, Snyder et al. (1993) notan que sólo dos variables comunicacionales, de un conjunto muy amplio observado al finalizar el tratamiento, predijeron la satisfacción marital en un seguimiento llevado a cabo 4 años más tarde. Más aún, en este estudio ninguno de los índices de resolución de conflicto observados al ingresar a terapia (afecto positivo no-verbal, mayor proporción de acuerdos, expresión de sentimientos relativos a un problema, resumen de la perspectiva del compañero) predijo el divorcio o la satisfacción marital al terminar el tratamiento o en el período de seguimiento.

¿Es posible que en estos tres estudios las conductas comunicacionales aprendidas no tuvieron el efecto esperado en el ajuste marital, simplemente porque las parejas no las utilizaron fuera del contexto clínico o no las mantuvieron en el tiempo? No lo sabemos, dado que los autores no evaluaron si hubo problemas de transferencia en el aprendizaje de estas habilidades. Lo que sí sabemos, sin embargo, es que hay cierta evidencia de que bien pudo no ser ese el caso.

Así, Halford et al. (1993) no encontraron asociación alguna entre mejoras en la comunicación e incrementos en la satisfacción marital de cada cónyuge terminada la terapia, a pesar del hecho que las parejas habían generalizado adecuadamente los cambios comunicacionales al hogar. Fueron consideradas categorías positivas: "auto-apertura" (descripción directa de sentimientos, deseos y necesidades) y "solución positiva" (propuesta específica y constructiva y/o compromiso con la propuesta del cónyuge), entre otras. Ejemplos de las categorías negativas utilizadas en este estudio fueron: "justificación" (excusas para la propia conducta o negar responsabilidad) y "criticismo" (desaprobación de una conducta específica en el cónyuge o intentos de herir, denigrar, o avergonzar a la pareja)

De modo similar, en la investigación de Jacobson et al. (1987), el reporte de las parejas respecto del uso continuado en el hogar de las habilidades comunicacionales aprendidas dos años antes (e.g., expresar sentimientos, verbalizar los problemas en términos conductualmente específicos) no se asoció con su ajuste marital transcurrido este mismo período.

En resumen, los datos provenientes de cinco estudios recientes sugieren fuertemente la posibilidad de que muchos terapeutas maritales no hayan estado seleccionando a los patrones comunicacionales que verdaderamente tienen un impacto en el ajuste marital. Más aún, hay evidencia de cambios comunicacionales que, contrariamente a la intuición clínica, tuvieron un efecto contraproducente en la satisfacción marital.

En el estudio mencionado de Snyder et al. (1993), las parejas que mostraban tasas más altas de resolución de problemas e intercambio de información al terminar la terapia eran más propensos a permanecer maritalmente insatisfechas o divorciarse 4 años más tarde. Los autores citan otro trabajo (Baucom & Mehlman, 1984) en el que

también se reporta que las parejas que muestran más comunicación "positiva" al final del tratamiento (incluyendo acuerdo, aprobación, aceptación de responsabilidad, compromiso y solución de problemas, entre otras conductas) tienen mayores posibilidades de divorciarse 6 meses después.

Resumen y comentarios finales

Nuevos resultados provenientes de la investigación básica y aplicada cuestionan la funcionalidad atribuida tradicionalmente a diversos patrones de comunicación marital. En algunos casos, las variables comunicacionales estudiadas no parecen tener impacto alguno en el ajuste marital. Más importante aún, en otros casos, conductas consideradas a priori como positivas por los investigadores han augurado un deterioro de la relación en el tiempo, en tanto que otras conductas, vistas previamente como negativas, han predicho incrementos en la satisfacción marital futura. Dado que estos resultados inesperados son de origen reciente, es posible que en buena parte de los tratamientos implementados hasta ahora se hayan introducido sistemáticamente cambios comunicacionales que resultan inocuos o nocivos para el bienestar de las parejas.

No obstante lo anterior, no es claro cual sea el significado exacto de estos nuevos resultados. En un extremo, quizás estemos mal interpretando los resultados longitudinales. Las diferencias entre correlatos y predictores en estos estudios pueden surgir del hecho que los investigadores no tratan de predecir el ajuste marital en un Tiempo 2, sino que intentan augurar cambios en el ajuste marital después de un período, es decir, la diferencia en el ajuste marital entre un Tiempo 1 y un Tiempo 2 (Jacobson, 1990). Pero, dado que los puntajes en ajuste marital correlacionan altamente entre sí en el tiempo, mientras mayor es la correlación de una variable comunicacional con el ajuste marital inicial (Tiempo 1), menor es su capacidad predictiva del ajuste marital futuro (Tiempo 2) una vez que los puntajes iniciales en ajuste marital han sido estadísticamente controlados (Smith et al., 1991). Además, en general, los estudios longitudinales no han comparado la capacidad de las variables comunicacionales para predecir cambios en la satisfacción marital, con la habilidad recíproca de la satisfacción marital para predecir cambios en el tiempo en la comunicación marital. Es importante

realizar esta comparación, porque sólo en el caso que la primera predicción sea significativamente más factible que la segunda, se puede tener una mayor confianza en el estatus causal de los patrones comunicacionales investigados. Cohan y Bradbury (1994) son los únicos investigadores que han realizado esta comparación y, en su caso, hubo evidencia de determinación unidireccional entre la comunicación y el ajuste marital: el ajuste marital no predijo cambios longitudinales en las conductas comunicacionales de los cónyuges, pero las conductas comunicacionales predijeron cambios en el ajuste marital en el tiempo.

Por otra parte, existen amplias divergencias en la metodología utilizada en cada estudio, particularmente en la selección de las variables comunicacionales (e.g., conductas verbales versus conductas no-verbales), en su definición o estrategia para medirlas (inventarios, observaciones de los cónyuges u observadores externos), y en la forma en que se analizan los datos (e.g., proporciones de conductas individuales versus secuencias de conductas de ambos cónyuges). Sólo en lo que respecta a la codificación de las conductas por observadores externos, se utilizaron siete instrumentos diferentes en los estudios longitudinales revisados. Floyd (1989) ofrece evidencia de que este hecho genera retratos disímiles de la comunicación, incluso cuando los instrumentos han sido diseñados para evaluar constructos similares. Por lo tanto, todas estas diferencias metodológicas contribuyen a que no se haya establecido hasta ahora un patrón claro y consistente de resultados, que permita señalar cuáles características comunicacionales, en particular, son disfuncionales.

Más aún, como señalan Halford et al. (1994), es improbable la existencia de un patrón comunicacional específico que sea universalmente adaptativo para las relaciones. Lo que es funcional para una pareja puede no serlo para otra. De hecho, a partir de observaciones de la comunicación marital, Gottman (1993) configura 5 estilos diferentes de resolución de conflictos, 3 de los cuales serían igualmente funcionales. Además, ciertos aspectos comunicacionales pueden tener un impacto variable en la satisfacción de una misma pareja, dependiendo, por ejemplo, de un cambio de estadio en su relación (e.g. llegada del primer hijo) o de circunstancias inusuales (e.g., pérdida del trabajo).

En definitiva, un grado mayor de precisión y replicabilidad en los resultados de los estudios

longitudinales parece depender de que en el futuro ellos ocupen una metodología en común y, además, incorporen en sus diseños a las diferencias entre los sujetos como variables que probablemente interactúan con la comunicación para determinar el ajuste marital.

Los estudios longitudinales de Heavey et al. (1993; 1995) son un buen ejemplo de la importancia de ampliar las variables en estudio. Los autores exploran si la influencia de la comunicación en la satisfacción de los cónyuges puede ser moderada por las variables "género" y "poder". Los resultados de ambos estudios indicaron que el patrón demanda masculina/retirada femenina predijo fuertemente aumentos en el ajuste marital de las mujeres, en tanto que el patrón inverso, demanda femenina/retirada masculina predijo notoriamente un deterioro en su ajuste marital. A su vez, la satisfacción masculina no fue predicha por ninguno de estos dos patrones comunicacionales. Por lo tanto, la variable "comunicación" interactuó con la variable "género" para predecir el ajuste marital. Además, los resultados replican el hallazgo común que las mujeres son más demandantes y los hombres más evitadores del conflicto. Sin embargo, a través de introducir en el diseño la variable "estructura del conflicto", Heavey y su equipo muestran que disminuye esta discrepancia comunicacional entre los géneros. Así, cuando la discusión se centró en un cambio deseado por las mujeres, ellas fueron más propensas a demandar y ellos a evitar. Sin embargo, esta diferencia no se manifestó cuando la discusión giró en torno a un cambio anhelado por los maridos. Ello sugiere a los autores que la polarización de estos roles comunicacionales en las parejas desajustadas es en parte un producto de desbalances en el poder en favor de los hombres. Es claro que la riqueza de estos resultados no habría sido posible si se hubieran promediado los puntajes en ajuste y comunicación marital a través de los géneros y las diferentes situaciones de conflicto.

Finalmente, es necesario enfatizar la importancia que haya coherencia entre teoría y práctica. Todas las investigaciones revisadas han partido del supuesto que la comunicación tiene un efecto en el ajuste marital, fundamentalmente, a través de permitir/obstaculizar la solución de discrepancias en las parejas. Por lo tanto, debería evaluarse hasta qué punto las discusiones llevan a cambios mutuamente satisfactorios en las conductas de cada cónyuge. Este asunto no ha sido abordado por los

estudios longitudinales, a pesar que otro tipo de investigaciones muestran claramente su importancia. Estudios clínicos proveen evidencia que las habilidades comunicacionales adquiridas en terapia no covarian con el ajuste marital si las parejas siguen solicitando la misma cantidad de cambios en el compañero (Iverson & Baucom, 1990) o se mantiene el número diario de interacciones estresantes en el hogar (Halford et al., 1993). A este hecho se suma la alta frecuencia con que las parejas no dan solución concreta a sus diferencias. En un estudio transversal, Ball et al. (1995) indican que sólo un tercio de los participantes reportaban haber planeado una solución a sus problemas matrimoniales, y que de éstos, menos de la cuarta parte reportaba que la solución había sido implementada.

En síntesis, este artículo ha pretendido mostrar que un conjunto de innovaciones metodológicas prometen contribuir a un mejor entendimiento de lo que constituye una comunicación marital disfuncional. Los resultados indican que dicha tarea ha resultado ser notablemente más compleja de lo que inicialmente se pensó. Para que madure el área deberá intentarse una mayor integración entre teoría e investigación, una fertilización cruzada entre la investigación básica y aplicada, y subsecuentes mejoras en la metodología de investigación.

Referencias

- Ball, F.L.J., Cowan, P., Cowan, C.P. (1995). *Who's got the power? Gender differences in partners' perceptions of influence during marital problem-solving discussions*. Family Process, 34, 303-321.
- Baucom, D.H., Mehlman, S.K. (1984). *Predicting marital status following behavioral marital therapy: A comparison of models of marital relationships*. En K. Hahlweg N. S. Jacobson (Eds.), *Marital interaction: Analysis and modification* (pp. 89-104). New York: Guilford Press.
- Beach, S.R.H., Bauserman, S.A.K. (1990). *Enhancing the effectiveness of marital therapy*. En F. D. Fincham T. N. Bradbury (Eds.), *The psychology of marriage: Basic issues and applications* (pp. 349-374). New York: Guilford Press.
- Bornstein, P.H., Bornstein, M.T. (1986). *Marital therapy: A behavioral communications approach*. New York: Pergamon Press.
- Burman, B., Margolin, G., John, R. S. (1993). *America's angriest home videos: Behavioral contingencies observed in home reenactments of marital conflict*. Journal of Consulting and Clinical Psychology, 61, 28-39.

- Cohan, C. L., Bradbury, T. N. (1994). *Assessing responses to recurring problems in marriage: Evaluation of the Marital Coping Inventory*. *Psychological Assessment*, 6, 191-200.
- Epstein, N., Pretzer, J. L., Fleming, B. (1987). *The role of cognitive appraisal in selfreports of marital communication*. *Behavior Therapy*, 18, 51-69.
- Filsinger, E. E., Thoma, S. J. (1988). *Behavioral antecedents of relationship stability and adjustment: A five year longitudinal study*. *Journal of Marriage and the Family*, 50, 785-795.
- Floyd, F. J. (1989). *Segmenting interactions: Coding units for assessing marital and family behaviors*. *Behavioral Assessment*, 11, 13-29.
- Gotlib, I. H., McCabe, S. B. (1990). *Marriage and psychopathology*. En F. D. Fincham T. N. Bradbury (Eds.), *The psychology of marriage: Basic issues and applications* (pp. 226-257). New York: Guilford Press.
- Gottman, J. M. (1979). *Marital Interaction: Experimental investigations*. New York: Academic Press.
- Gottman, J. M. (1993). *The roles of conflict engagement, escalation, and avoidance in marital interaction: A longitudinal view of five types of couples*. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 61, 6-15.
- Gottman, J. M., Krokoff, L. J. (1989). *Marital interaction and satisfaction: A longitudinal view*. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 57, 47-52.
- Gottman, J., Notarius, C., Markman, H., Bank, S., Yoppi, B., Rubin, M. E. (1976). *Behavior exchange theory and marital decision making*. *Journal of Personality and Social Psychology*, 34, 14-23.
- Haefner, P. T., Notarius, C. I., Pellegrini, D. S. (1991). *Determinants of satisfaction with marital discussions: An exploration of husband-wife differences*. *Behavioral Assessment*, 13, 67-82.
- Hahlweg, K., Markman, H. (1988). *The effectiveness of behavioral marital therapy: Empirical status of behavioral techniques in preventing and alleviating marital distress*. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 56, 440-447.
- Hahlweg, K., Revenstorf, D., Schindler, L. (1984). *Effects of behavioral marital therapy on couples' communication and problemsolving skills*. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 52, 553-566.
- Halford, W. K., Sanders, M. R., Behrens, B. C. (1993). *A comparison of the generalization of behavioral marital therapy and enhanced behavioral marital therapy*. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 61, 51-60.
- Halford, W. K., Sanders, M. R., Behrens, B. C. (1994). *Selfregulation in behavioral couples' therapy*. *Behavior Therapy*, 25, 431-452.
- Heavey, C. L., Layne, C., Christensen, A. (1993). *Gender and conflict structure in marital interaction: A replication and extension*. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 61, 16-27.
- Heavey, C. L., Christensen, A., Malamuth, N. M. (1995). *The longitudinal impact of demand and withdrawal during marital conflict*. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 63, 797-801.
- Iverson, A., Baucom, D. H. (1990). *Behavioral marital therapy outcomes: Alternate interpretations of the data*. *Behavior Therapy*, 21, 129-138.
- Jacobson, N. S. (1990). *Commentary: Contributions from psychology to ain understanding of marriage*. En F. D. Fincham f N. Bradbury (Eds.), *The psychology of marriage: Basic issues and applications* (pp. 258-275). New York: Guilford Press.
- Jacobson, N. S., Addis, M. E. (1993). *Research on couples and couple therapy: What do we know? Where are we going?* *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 61, 85-93.
- Jacobson, N. S., Gurman, A. S. (Eds.). (1995). *Clinical handbook of couple therapy*. New York: The Guilford Press.
- Jacobson, N. S., Schmalings, K. B., Holtzworth Munroe, A. (1987). *Component analysis of behavioral marital therapy: Two year followup and prediction of relapse*. *Journal of Marital and Family Therapy*, 13, 187-195.
- Julien, D., Markman, H. J., Lindahl, K. M. (1989). *A comparison of a global and a microanalytic coding system: Implications for future trends in studying interactions*. *Behavioral Assessment*, 11, 81-100.
- Krokoff, L. J. (1991). *Communication orientation as a moderator between strong negative affect and marital satisfaction*. *Behavioral Assessment*, 13, 51-65.
- Levenson, R. W., Carstensen, L. L., Gottman, J. M. (1994). *The influence of age and gender on affect, physiology, and their interrelations: A study of longterm marriages*. *Journal of Personality and Social Psychology*, 67, 56-68.
- Levenson, R. W., Gottman, J. M. (1983). *Marital interaction: Physiological linkage and affective exchange*. *Journal of Personality and Social Psychology*, 45, 587-597.
- Levenson, R. W., Gottman, J. M. (1985). *Physiological and affective predictors of change in relationship satisfaction*. *Journal of Personality and Social Psychology*, 49, 859-874.
- Locke, H. J., Wallace, K. M. (1959). *Short marital adjustment and prediction tests: Their reliability and validity*. *Marriage and Family Living*, 21, 251-255.
- Margolin, G., Wampold, B. E. (1981). *Sequential analysis of conflict and accord in distressed and nondistressed marital partners*. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 49, 554-567.
- Markman, H. J. (1979). *Application of a behavioral model of marriage in predicting relationship satisfaction for couples planning marriage*. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 47, 743-749.
- Markman, H. J. (1981). *Prediction of marital distress: A 5 year followup*. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 49, 760-762.

Markman, H. J. (1982, Noviembre). *The longitudinal study of communication and psychopathology in premarital dyads*. Artículo presentado en Annual Meeting of the Association for Advancement of Behavior Therapy, Los Angeles.

Markman, H. J. (1991). *Constructive marital conflict is not an oxymoron*. Behavioral Assessment, 13, 83-96.

Masters, C. M., Vivian, D., O'Leary, K. D. (1989, Noviembre). *Presenting problems in marital therapy: What has changed during the past 12 years*. Poster presentado en la Annual Meeting of the Association for Advancement of Behavior Therapy, Washington, DC.

Sayers, S. L., Baucom, D. H., Sher, T. G., Weiss, R. L., Heyman, R. E. (1991). *Constructive engagement, behavioral marital therapy, and changes in marital satisfaction*. Behavioral Assessment, 13, 25-49.

Segraves, R. T. (1990). *Theoretical orientations in the treatment of marital discord*. En F. D. Fincham T. N. Bradbury (Eds.), *The psychology of marriage: Basic issues and applications* (pp. 281-298). New York: Guilford Press.

SERNAM (1994). *Informe Comisión Nacional de la Familia*. Santiago, Chile: SERNAM

Sher, T. G., Weiss, R. L. (1991). *Negativity in marital communication: Where's the beef?*. Behavioral Assessment, 13, 1-5.

Smith, D. A., Vivian, D., O'Leary, K. D. (1990). *Longitudinal prediction of marital discord from premarital expression of affect*. Journal of Consulting and Clinical Psychology, 58, 790-798.

Smith, D. A., Vivian, D., O'Leary, K. D. (1991). *The misnomer proposition: A critical reappraisal of the longitudinal status of "negativity" in marital communication*. Behavioral Assessment, 13, 7-24.

Snyder, D. K., Mangrum, L. F., Wills, R. M. (1993). *Predicting couples' response to marital therapy: A comparison of short and longterm predictors*. Journal of Consulting and Clinical Psychology, 61, 61-69.

Spanier, G. B. (1976). *Measuring dyadic adjustment: New scales for assessing the quality of marriage and similar dyads*. Journal of Marriage and the Family, 38, 15-28.

Weiss, R. L., Heyman, R. E. (1990). *Observation of marital interaction*. En F. D. Fincham T. N. Bradbury (Eds.), *The psychology of marriage: Basic issues and applications* (pp. 87-117). New York: Guilford Press.